

¿De cuál distribución estamos hablando?

Eduardo Engel*

Líderes de gobierno y de oposición se encuentran polemizando hace ya varias semanas sobre el tema distributivo. Para entender mejor qué está en juego en esta discusión, conviene distinguir entre diversos conceptos de distribución, ya que las políticas a privilegiar dependen del concepto considerado.

Una primera posibilidad es la distribución del llamado “ingreso autónomo”. Esta es la distribución donde a Chile le va particularmente mal en el concierto internacional. Dicho ingreso, sobre todo en el caso de los más pobres, es principalmente la remuneración del trabajo, ya que no incluye los bienes y servicios financiados por el Estado, como educación, salud o vivienda.

Las mejoras de la distribución del ingreso autónomo en el mediano y largo plazo dependen, principalmente, de mejorar la calidad de la educación. Más precisamente, de reducir la brecha en la calidad de la educación que reciben los estudiantes provenientes de hogares pobres. A este respecto es alentador el creciente énfasis que se está poniendo en mejorar la calidad de la educación pública. También es positivo haber ligado los incrementos salariales de los profesores a mejoras de desempeño. Creo que se pudo haber hecho más en el pasado y que todavía queda mucho por hacer, pero no hay duda de que nos estamos moviendo en la dirección correcta a un paso cada vez más acelerado.

Para mejorar la distribución del ingreso autónomo en el corto plazo, las principales opciones pasan por influir directamente sobre los salarios que perciben los trabajadores. Desgraciadamente, varias de las opciones que aparentemente mejoran la distribución del ingreso por esta vía en realidad tienen el efecto opuesto al deseado. Por ejemplo, un alza desmedida del salario mínimo lleva a un incremento del desempleo, sobre todo entre los trabajadores menos capacitados, con lo cual el incremento de salario de quienes logran mantener su empleo no compensa el deterioro notable de bienestar de quienes lo pierden y, al final, la brecha de ingresos aumenta.

Hay, eso sí, políticas laborales que contribuyen a mejorar la distribución del ingreso. Una de ellas, enfatizada recientemente por el senador Foxley, es facilitar la inserción laboral de las mujeres más pobres, sobre todo de aquellas que son jefas de hogar. Para contribuir a lograr este objetivo,

una opción interesante es crear una red de guarderías y jardines infantiles en las poblaciones. Una ventaja adicional de esta iniciativa, enfatizada por Benito Baranda, es que permite que desde pequeños los niños reciban estímulos que sus padres, aunque lo intenten, muchas veces no están preparados para brindarles por su bajo nivel educacional.

Una segunda distribución del ingreso es aquella que incorpora las diversas transferencias que hace el Estado a las familias. Posiblemente sea esta la distribución que mejor captura el bienestar económico de las personas, ya que es la más cercana a la capacidad de consumo que tienen las familias.

Desgraciadamente no es fácil ponerse de acuerdo en el valor que asignan los ciudadanos a los bienes y servicios que les provee el Estado. Este problema metodológico significa que es difícil calcular esta segunda distribución del ingreso. A pesar de lo anterior, la información disponible sugiere que con este concepto de distribución, la posición relativa de Chile mejora bastante. Por ejemplo, en un estudio que realizamos con Alexander Galetovic y Claudio Raddatz hacia fines de los noventa, concluimos que la razón entre el ingreso del decil (diez por ciento) más rico y el decil más pobre cae de 28,1, para el ingreso autónomo, a 14,0 después del gasto fiscal.

Hay dos maneras de mejorar la distribución de este segundo concepto de ingreso: recaudar más impuestos o gastar mejor lo que se recauda actualmente. No cabe duda de que hay áreas donde hay espacio para mejoras importantes de eficiencia en el gasto fiscal. Una de ellas es la salud pública. También es cierto que hay áreas, como la minería, donde es posible incrementar la recaudación tributaria basado en sólidos argumentos económicos. Sin embargo, tampoco cabe duda de que políticas como las anteriores, destinadas a mejorar la distribución del ingreso posterior a las transferencias estatales, encontrarán la férrea oposición de grupos corporativos bien organizados y poderosos. Los gobiernos pueden dar un número limitado de peleas en esta área, y deben prepararse bien para aquellas peleas que deciden dar.

Hay varios conceptos adicionales de distribución que pueden ser importantes. Por motivos de espacio me concentraré en uno de ellos, la “distribución de oportunidades”.

La distribución de oportunidades tiene que ver con cuán meritocrática es una sociedad. ¿Qué determina cómo nos va en el campo laboral: nuestras habilidades o nuestra red de contactos familiares? ¿Qué grado de discriminación enfrentan diversas minorías?

Un buen punto de partida para cuantificar la distribución de oportunidades es ver cuánta movilidad social hay. ¿Qué fracción de los hijos de familias del decil más pobre pertenecerá cuando adulto al decil más rico? ¿O a la mitad de la población con ingreso más alto? Para avanzar en esta discusión necesitamos datos sobre movilidad social, los cuales, por el momento, brillan por su ausencia. Tal vez ahora que los sectores más diversos parecen concordar en la importancia del

tema distributivo, sea el momento de invertir en obtener dicha información.

***Eduardo Engel es Profesor Titular de Economía de la Universidad de Yale.**